

I

Un rato después del mediodía, una fuerte explosión sacudió el barrio de Retiro: la bomba había estallado en la parte superior de la Torre de los Ingleses. Una montaña de cascotes, vidrios y piezas de lo que había sido el reloj de cuatro caras se desparramaba sobre la plaza. Un viejo sentado en un banco se tomó la cabeza; sangraba por un corte.

A la tarde, un grupo de la policía científica cruzaba las cintas amarillas colocadas rodeando la torre. Dos mujeres jóvenes recogían fragmentos del suelo y los guardaban en bolsitas de plástico, etiquetándolas. Un grupo de uniformados cuchicheaba mientras dirigía la mirada hacia arriba tratando de encontrar las respuestas a las preguntas de siempre: ¿quién?, ¿por qué?, ¿cómo? Al cabo de unas horas, se marcharon para dejar paso a los empleados del Gobierno de la Ciudad que se dedicaron a recoger los pedazos de la maquinaria del reloj más famoso de la ciudad. Sólo recuperaron algunos engranajes, unos pocos números y tres agujas. El que parecía estar a cargo del operativo dio a entender, con un gesto, que no tenía ningún sentido la tarea. El reloj debía darse por perdido.

Esa misma tarde, la cúpula de la división antiterrorista de la Policía Federal era convocada a una a la sala de situación de emergencia del tercer piso; el escudo oficial de la institución flanqueaba la gran mesa oval: un gallo dorado sobrepreso en el azul oscuro de la cara de la República. El Comisario Fernández Arévalo estaba a cargo del caso. A pesar de su experiencia, se lo veía perdido. Nadie había reivindicado el atentado, aunque la pista más firme apuntaba hacia un grupo nacionalista. Sin embargo, enero no era un mes vinculado a la guerra de Malvinas por más que, justo frente a la torre, se levantará el cenotafio para recordar a los caídos en combate.

Llegó a la mesa un informe referido a los daños: no hubo víctimas, salvo un anciano que sufrió una herida superficial. Los perjuicios materiales, en cambio, eran importantes. El reloj instalado en 1916 había sido destruido.

Tras un mes de seguir huellas que no conducían a ningún lugar, la policía estaba dispuesta a cerrar la investigación. Lo única certeza era el explosivo utilizado: una emulsión acuosa saturada de nitrato de aluminio. Fácil de obtener en la minería. Eso era todo.

Fue entonces cuando llegó un enigmático mensaje traído por el Comisario de la 33. Se reunió con Fernández Arévalo.

—Debe ver esto —dijo con excitación.

Sin mediar palabra fue desenrollando una hoja de papel para dibujar.

—¿Cómo le llegó?

—La dejaron en un sobre a mi nombre, entregado a la guardia por un *cademoto*.

El hombre apartó la vista del papel, se frotó las manos y empezó a sonreír. “Cometió un error”, dijo con satisfacción. “¿Ya identificaron a la persona por la filmación de las cámaras?”

—Hubo un pequeño problema, señor. El muchacho entró con el casco puesto.

Una mirada de desprecio descolocó al visitante. Fernández Arévalo volvió a clavar la vista en la cartulina. En letras de imprenta, un refrán, escrito con trazo seguro:

Quien no tiene reloj, oye al gallo.

—Alguien empezó a divertirse con nosotros —masculló por lo bajo sin evitar ser oído.

—No lo entiendo, Jefe.

—Nos meten presión. Claro que todos querrán oír qué tiene para decir la Policía Federal. De hecho, me la paso contestando llamadas.

II

Dos días más tarde, el Comisario de la 33 pidió ser recibido con urgencia. Ya reunido con los investigadores, les entregó una copia del *mail* que había recibido esa mañana, desde una casilla de correo anónima.

El tiempo es oro. Y una firma: los sin tiempo.

—¿Qué significará el mensaje?

Los cabildeos de los agentes fueron interrumpidos por la voz grave de Fernández Arévalo.

—No es uno, sino tres mensajes. El primero anuncia un nuevo atentado. El segundo es que tenemos poco tiempo para averiguarlo. El tercero es el blanco.

De inmediato todos empezaron a conjeturar sobre el lugar de la próxima bomba. Se palpaba el nerviosismo de los investigadores por resolver el acertijo. Los tonos se iban elevando; las voces, superponiéndose, y con el correr de los minutos, sólo se acentuaba la desorientación. Fernández Arévalo permanecía en silencio. Abstraído. Ajeno. De golpe anunció:

—Señores, es inútil. Sólo debemos esperar. No tenemos suficiente información.

La *City* rezumaba de calor. Un calor húmedo, pegajoso, maloliente. Febrero agonizaba, y las calles de veredas angostas apenas podían contener una marea humana, apurada, vociferante, enajenada. Los oficinistas deambulaban en busca de comederos; las protestas callejeras no lograban tapar el ruido de las bocinas de las motitos que circulaban a gran velocidad, disputándose la calzada con los peatones.

No habrían transcurrido más que segundos luego del mediodía cuando una explosión sacudió aquel hervidero. De inmediato, empezaron a oírse gritos. La gente corría en distintas direcciones, precipitada, por mero impulso, con la sensación de que algo grave podría haber ocurrido. El eco de la onda expansiva sembró dudas sobre el lugar del atentado. Hasta que alguien confirmó la noticia: la cúpula del Banco Central. El edificio de la calle San Martín lucía un boquete impresionante en su fachada. Fueron muy pocos los que creyeron recordar que allí había un antiguo reloj.

III

En la amplia sala del tercer piso del Departamento de Policía, todos rumiaban su impotencia. Lo único claro era que alguien estaba empeñado en hacer trizas relojes antiquísimos. Y jugar al crucigrama con la policía. Las reuniones se sucedían sin sacar otra conclusión que la de atribuir los hechos a un grupo de trastornados que andaba suelto. Decidieron poner custodia en ciertos relojes notables: el del Cabildo, el del Palacio de Correos, el de la Legislatura de la Ciudad, el del edificio Siemens, el de la sede del Gobierno y algún otro.

El periodismo empezó a hacer lo suyo. La noticia, por el enigma que encerraba, era lo suficientemente atractiva para saltar de las páginas policiales a las portadas de los diarios. Voces notables se empezaron a alzar exigiendo el esclarecimiento de los hechos para evitar más daños al patrimonio cultural de la ciudad.

El Ministro de Seguridad y el Jefe de la Policía tomaron cartas en el asunto porque advirtieron que algunas esquirlas de las bombas habían llegado hasta ellos. Pero nadie tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo. Y el ceño fruncido de Fernández Arévalo los preocupaba todavía más.

IV

El 25 de marzo, a las 9 de la mañana, un nuevo mensaje llegó por idéntica vía que el anterior: *El tiempo todo lo cura*.

Fernández Arévalo se aisló en su oficina. Al cabo de unos minutos, ordenó:

—Flores, averigüe si en Barracas, en la “Manzana de la locura”, donde están los psiquiátricos Borda, Moyano y Tobar García, existe algún reloj. Y comuníqueme con la Bonaerense.

Más tarde, se desmoronó una pista: lo locos no necesitan relojes.

A las 11 y 15 dos patrulleros cortaron la avenida Belgrano, en Avellaneda. Uno en cada esquina del Hospital Fiorito. Avisado el Director, franqueó la entrada del pabellón histórico a la elite de la brigada antiexplosivos, que se dirigió directamente a la Torre del Reloj. En el balcón que la rodea, se dejaban ver hombres con armas largas y prismáticos.

Fernández Arévalo seguía la operación con un par de la Fuerza provincial, al que, de vez en cuando, le daba instrucciones. Estaba a punto de ser las 12.

—¿Encontraron algo?

—No, la torre parece estar limpia.

No habrían pasado más de tres minutos cuando atendió la primera de las decenas de llamadas que recibiría a partir de ese momento. Una voz nerviosa lo anoticiaba:

—Señor, hubo una explosión en Rivadavia al 1700.

—¿Dónde...?

Rivadavia 1745, frente a la Plaza del Congreso, la ex sede del Instituto Biológico Argentino. Probablemente, el reloj más lindo de la ciudad, por el conjunto escultórico que lo enaltece: dos trabajadores golpeando una campana con un martillo, traído desde Turín en 1927. Casi una copia de la famosa *Torre dell’ Orologio*, situada en la Plaza San Marcos, de Venecia. Era; había sido. Ahora los bomberos trataban de recuperar la campana desde la terraza de un edificio vecino.

V

Fernández Arévalo era un hombre de pocas palabras, de mínimas emociones. Se lo veneraba dentro de la Fuerza por sus dotes de investigador. Repasó las coincidencias luego de tres atentados: sabía que a las 12 de cada mes un reloj público volaba por los aires. Un proverbio sobre el tiempo, enviado a la Comisaría 33, establecía la vinculación con el reloj que sería destruido con un explosivo líquido. Nunca había tenido tanta información para armar el rompecabezas y, sin embargo, aquí no daba pie con bola.

El 25 de abril, a las nueve de la mañana, llegó el esperado mensaje a la 33. Estaba claro que los autores no querían darles mucho tiempo para pensar.

No es cierto que el tiempo pase; nosotros pasamos con el tiempo.

Los policías empezaron a lanzar hipótesis. Uno arriesgó:

—El reloj del edificio de la Prensa. Inaugurado a fines del siglo XIX. Pasa el tiempo, y este palacio francés permanece. Y agregó un dato: se acaba de inaugurar allí una exposición de fotos históricas de Buenos Aires. Todo encaja.

Otro sabueso le salió al cruce:

—No, no. El proverbio significa “el tiempo mata”. Busquemos los relojes de los cementerios. En las fachadas o en las tumbas. Probablemente, en la Recoleta.

El Jefe lo corrigió:

—Olvídese de eso. Los locos no necesitan relojes. Los muertos, tampoco.

El 25 de abril, la Avenida de Mayo estaba cortada por una manifestación gremial. No menos de quince agentes de seguridad camuflados controlaban los movimientos en la zona de mayor concentración de relojes públicos. A las 12, un concierto de campanas empezó a sonar.

En las calles, los agentes miraban hacia las cúpulas, como si estuvieran hipnotizados. Era la primera vez que le prestaban atención a esa música. Fueron segundos extraños de miradas tan tensas como embelezadas.

Nada había pasado. Tampoco llegó la noticia de ninguna explosión, en las dos horas siguientes, al Departamento Central de Policía. Fernández Arévalo estaba a punto de festejar cuando le pasaron una llamada. Era el cura párroco de la Basílica de Nuestra Señora del Pilar.

—Han volado el reloj que coronaba la espadaña. Mientras sonaban las campanas. A las 12.

—¿Y por qué no avisó antes?

—No se sintió la explosión. El reloj no es muy grande. Es una esfera del otro extremo del campanario. La arrancó de cuajo y cayó en un patio interno. No hizo mucho ruido. Me temo que es una pérdida irreparable. El reloj original era de 1866.

VI

Los medios informativos levantaron la noticia con gran revuelo. En todos lados se hablaba de la incompetencia policial y se exigía que entrara a funcionar la guillotina.

A mediados de mayo, Fernández Arévalo tenía un mal presentimiento. Lo confirmó cuando llegó el mensaje en forma de proverbio:

El tiempo es el mejor autor; siempre encuentra un final perfecto.

—¿Qué querrá decirnos ahora el loco? —dijo el oficial joven.

Fernández Arévalo movió la cabeza con un gesto de resignación.

—No es loco. Es un hijo de puta. Va a volar el reloj del Cabildo.

—¿Cómo se dio cuenta?

—Porque el próximo veinticinco es el 25 de Mayo. Tuvo que esperar cinco meses para tener el final a toda orquesta. La función a público lleno: la Fiesta del Bicentenario.

—Traigan un programa completo de los festejos —exigió preocupado.

—Pero Jefe, si ya descubrimos el blanco. Lo vamos a detener. ¿Qué le preocupa?

—Que él sabe que nosotros sabemos. Nos lo quiso anunciar. Y lo va a volar de todas maneras.

El 25 de mayo de 2010 la plaza lucía engalanada como nunca. Los servicios de seguridad alertaron sobre un posible atentado a las 12, lo que llevó a adelantar el tedeum en la Catedral, el discurso presidencial y el desfile militar. A las doce en punto, una formación de Mirages haría un vuelo rasante sobre la plaza, dibujando con humo celeste y blanco la bandera en el cielo. Los miles de personas presentes en el festejo no sabían que se había montado un cuidadoso operativo con cientos de agentes encubiertos. La mayoría se sorprendía cuando eran revisados al ingresar a la plaza. Una madre consideró un exceso que a su pequeña hija le vaciaran la mochila. Dos muchachos fueron demorados en un patrullero hasta que sus guitarras pasaron la inspección correspondiente. Un viejo la emprendió a los gritos contra dos de uniforme cuando lo obligaron a abrir una caja para comprobar que sólo llevaba maíz y una paloma recuperada de una herida, que era devuelta a la plaza. Una docena de perros barría las calles aledañas, husmeando por los zaguanes y rincones. Pertenecían a las brigadas antiexplosivos.

Toda esa parafernalia pareció detenerse cuando las agujas del reloj del Cabildo se juntaron a las 12. Empezaron a sonar las campanadas, unas palomas revoloteaban cerca de la torre, y los aviones atronaron el ambiente con el sonido ensordecedor de sus motores, para hacer su *show* sobre la plaza.

Con tanto ruido casi nadie se dio cuenta. Fernández Arévalo fue un privilegiado, pues no le sacaba la vista al reloj. Nadie como él, quizá sólo él, presencié el cautivante espectáculo de ver volar las agujas, los números, los cascotes, de lo que era, de lo que había sido, el emblemático reloj del Cabildo. El primero que funcionó en la ciudad de Buenos Aires.

—Lo hizo. El muy hijo de puta lo hizo —repetía sin distinguir si, a esas alturas, sentía bronca o admiración. “La pesadilla terminó”, le dijo a un asistente.

VII

Unas semanas más tarde, el Comisario de la 33 le pidió a Fernández Arévalo que recibiera a quien decía poder aportar información sobre los atentados.

—Comisario, ¿sabe la cantidad de boludos que en estos meses me vendieron pescado podrido?

—Hágame la gauchada. Se trata del principal socio cooperador de la Comisaría. Se sorprendería si le dijera la plata que dona.

Cuando lo tuvo frente a frente, el Jefe se asombró de encontrar un hombre de tanta edad y tan bien vestido.

—Gracias, por recibirme.

—No se preocupe. Sólo le advierto que apenas tengo unos minutos.

Mirándolo a los ojos, sin levantar la voz, con una sonrisa cómplice aquel hombre, casi anciano, quiso sermonearlo: *El tiempo físico nos enajena; el tiempo interior es nosotros mismos.*

Fernández Arévalo quedó paralizado por esas palabras.

—¿Usted...? —Preguntó todavía incrédulo.

—Nunca subestimé su inteligencia, Comisario.

Se observaron mutuamente con respeto durante un tiempo. En la mente del policía se superponían las ideas con los recuerdos, las preguntas con el enojo, el profesionalismo con la vergüenza de no haberlo descubierto. Quería desahogarse preguntando. Pero no podía.

—¿Y por qué?

—¿Ud. leyó a Proust?

— No

— Por supuesto; ya nadie lee a Proust. Los amantes de “En busca del tiempo perdido” somos una especie en extinción. A propósito, ¿cuál es el sabor de su infancia? Para Proust era una magdalena mojada en té.

— Tortafritas

— Mi infancia en cambio está poblada de sonidos. Y de relojes. Mi padre me ponía su reloj de bolsillo en mi oreja para que me durmiera al son del tic tac.

Fernández Arévalo lo escuchaba sumido en un silencio espeso, intentando abarcar toda aquella alegoría.

—¿Usted se da cuenta de que debo detenerlo?

—Me doy cuenta de que no lo va a hacer. En este bote usted no pescó nada.

Se sentía mal. Terriblemente mal. Era una deshonra para él que, después de todas las historias que se habían urdido, el caso se esclareciera por la confesión del autor... un anciano. Sería mejor, se le antojó, que aquello quedara como un misterio. Con el tiempo, se volvería una leyenda urbana.

—¿Me va a contar cómo lo hizo?

—Palomas. Lleva tiempo entrenar palomas para que se sientan atraídas por el tañir de las campanas. Luego, el tubito de cristal con explosivo líquido atado a las patas se deshace por el ruido o el contacto. Creo que yo fui la única víctima en la Torres de los Ingleses. Sin contar a las palomas, claro.

Fernández Arévalo se paró. Empezó a dar vueltas, ensimismado. De pronto se detuvo ante el último cabo suelto:

—Quién era su cómplice...: ese joven de la moto.

—Mire lo que es el prejuicio, Comisario. Uno se pone un casco y una campera de cuero, y todos creen ver un joven en una moto.

Apoyó la frente contra la ventana, mirando hacia la calle. La gente caminaba con prisa o corría, en todas las direcciones. El aliento empañó el vidrio hasta hacer desaparecer toda imagen exterior. Con la mano hizo un pequeño círculo. Le alcanzó para ver a un anciano subiendo a un taxi.